

Cultura y movilidad en los noventa: Santiago, Buenos Aires y Montevideo*

Francisca Márquez B.
Corporación SUR
franciscamarquez@sitiosur.cl

En el contexto latinoamericano, Uruguay, Chile y Argentina representan tres realidades diferenciadas en términos de su distribución del ingreso y su nivel de integración social. Mientras Uruguay muestra una igualitaria distribución del ingreso y un nivel alto de integración social, Chile, a pesar de su sólida democracia, durante la década de los noventa tendió a consolidar un patrón de fuertes desigualdades y distancias sociales.

Argentina, por su parte, ha colapsado. Un nuevo modelo social se levanta, caracterizado por la desigualdad, la reconversión del mundo del trabajo y la distribución regresiva del ingreso, que opera generando dos compartimentos sociales y diferenciando las formas de vida de una manera mucho más profunda que las existentes en el viejo modelo. La distribución regresiva del ingreso produjo un incremento del contingente absoluto y relativo de pobres, así como de la intensidad y cronicidad de su pobreza. A la desigualdad del conjunto de la estructura social se suma, asimismo, el incremento de la desigualdad dentro de una clase media que se empobrece irremediablemente.

En Uruguay, en cambio, el alto nivel de integración se manifiesta en el funcionamiento de sus instituciones, en la ausencia de distancias sociales importantes, en la comunicación fluida y simétrica entre personas de distinta extracción social. La comparación de índices de pobreza y de concentración del ingreso de Uruguay con los restantes países del Cono Sur, muestra una sociedad con un grado de equidad relativamente alto.

En la última década, sin embargo, al igual como sucede en el resto del continente, los tres países muestran un progresivo debilitamiento de las confianzas sociales básicas. El temor al otro, el temor a la exclusión social, la inseguridad referida a los medios de sustento y apoyo, hablan de la precariedad de la integración social y de la cada vez mayor dificultad para observar procesos de movilidad social entre los más pobres. Señales de esta mayor segmentación e inmovilidad social son la persistencia y consolidación de un núcleo duro de pobres, la pérdida de valores y esperanzas de integración social, la disminución o debilitamiento de las organizaciones, la participación progresiva en el mercado de la droga, la delincuencia como fuente de trabajo y la desesperanza de muchos jóvenes cesantes.

En las ciudades uruguayas, y en particular en Montevideo, también surgen indicios de los mismos males que aquejan a otros centros urbanos: una elevación considerable del nivel de violencia delictiva y una opinión pública atemorizada. Sin embargo, los procesos de marginalización son incipientes. En efecto, si bien los hogares urbanos bajo la línea de pobreza crecieron de 9 a 14 por ciento entre 1981 y 1986, en 1994 se redujeron hasta llegar a 6 por ciento (Cepal 1999). En Uruguay parece no haberse consolidado aún el tipo de marginalidad que genera su propia reproducción (Katzman 1997).

En Chile, desde 1986 la economía muestra signos de estabilidad e inflación controlada y disminución de la pobreza. Entre 1990 y 2000 se pasó de 38,6 a 21 por ciento de la población en situación de pobreza; y de 12,9 a 5,7 por ciento de indigentes (Casen 2000). Sin embargo, a pesar de que durante toda la década se mantuvo la tendencia a la reducción de la pobreza, el ritmo ha ido decreciendo, al punto de que la indigencia ha permanecido inalterada estos dos últimos años. Esta persistencia de la pobreza parece tener relación con una sociedad en que se consolida un modelo de desarrollo altamente inequitativo, incluso si consideramos la desaceleración económica que vivió Chile a mediados de los noventa,

* Este artículo se basa en una encuesta realizada en el marco del Proyecto Fondecyt 1990818, dirigido por Vicente Espinoza, de la Universidad de Santiago de Chile (USACH), con la participación de Francisca Márquez (SUR), Gabriel Kessler (UNGS) en Argentina y Ana Laura Rivoir (UCUDAL) en Uruguay.

La más golpeada por estos procesos ha sido, sin duda, la sociedad argentina. Si a fines de los ochenta la pobreza se podía definir como desplazamientos entre estratos, hoy ella se caracteriza por la creación de un contingente de sujetos que, más que estar desplazados, rotan alrededor de nuevos lugares de la estructura social en un proceso permanente de reconversión. Así, si ser pobre estructural o empobrecido era característica de cierta estabilidad temporal, lo que predomina hoy en la pertenencia a cualquier estrato es la fugacidad (Feijóo 2001).

LA CULTURA Y LA MOVILIDAD

En la literatura sociológica, el estudio de la movilidad y las condiciones de reproducción de la pobreza ha sido abordado fundamentalmente desde las condiciones estructurales que favorecen las posibilidades de ascenso o descenso social de las personas (Clacso 1976).

Una premisa central de los estudios sobre la pobreza indicaba que los factores determinantes de los caminos hacia el empobrecimiento y la exclusión social se construían y superponían a lo largo de la vida de cada sujeto, y de generación en generación. Sin embargo, los rápidos procesos de modernización de nuestros países, unidos a las transformaciones de la estructura social y la progresiva consolidación de la desigualdad, muestran que hoy las posiciones no están aseguradas y que los grados de vulnerabilidad han aumentado.

La pregunta que se abre paso en la discusión actual es si, dadas las profundas y aceleradas transformaciones de nuestras sociedades y economías, no habría que abrir la mirada y el análisis hacia cómo el cambio social y estructural se instala en la vida y la cultura de los sujetos y sus familias; y cómo éstos logran cuotas mínimas de maniobra en un contexto altamente desestabilizante.

Lo cierto es que las características de la estructura social y ocupacional, y los procesos de movilidad que hoy día se observan, dan cuenta de que tener un trabajo asalariado ya no supone ser parte de una red de seguridad social ni tampoco dejar de ser pobre. Ser asalariado y vivir en condiciones de vulnerabilidad o pobreza es una realidad tanto en Chile como en Uruguay y Argentina. Parafraseando a Castel (1995), podríamos señalar que la incipiente sociedad salarial en estos tres países se transforma, y con ello todo el sistema de protección social históricamente construido al alero del Estado social.

Debilitada la sociedad salarial y sus certezas básicas, por tanto, la posibilidad de iniciar procesos de movilidad social ascendente no parece asociarse hoy sólo a la adscripción a una determinada categoría ocupacional o posición en la estructura ocupacional. Más bien, ella se vincula a la capacidad de los sujetos de construirse una red o soporte de protección y seguridad social que los cobije frente a las vulnerabilidades y facilite el logro de mejores niveles de vida.

Las trayectorias laborales se enfrentan a cuestionamientos e incertidumbres que no conocieron generaciones anteriores. En Chile, Argentina y Uruguay, la experiencia social e individual en el mundo del trabajo parece no estar asegurada; el análisis de la experiencia de los sujetos indica que son ellos quienes deberán construir no sólo sus trayectorias, sino también la orientación de sus prácticas.

Las historias de vulnerabilidad y exclusión social, de reproducción de la pobreza, obligan a preguntarse si acaso estas posiciones en el mercado y la estructura social representan hoy una condena, o si las personas que están en una u otra posición pueden cambiar de escenario. Efectivamente, para estos sujetos el margen de maniobra parece ser escaso. Pero las biografías muestran también que la propia posición no siempre indica una condena, que a menudo los sujetos descubren caminos y soportes que permiten transitar hacia mayores cuotas de bienestar y realización del propio proyecto vital. La pregunta por el margen de maniobra de los sujetos se vuelve inevitable.

En una etapa anterior de este estudio (Márquez 2000), el análisis de trayectorias laborales nos llevaba a concluir que la mayor o menor movilidad social de los sujetos se juega en la compleja articulación de tres ámbitos estrechamente articulados entre sí: i) la estructura de oportunidades en la que se desenvuelven sus vidas, con la sociabilidad como un recurso central para el acceso a un sistema o red de protección social; ii) la cultura como matriz básica de orientaciones a la acción; y iii) la capacidad del sujeto de construir y desarrollar procesos de individualización que le permitan transitar y valerse de esta estructura de oportunidades y soportes de la cultura.

Los resultados de la encuesta apuntan en el mismo sentido: la movilidad ocupacional depende estrechamente de la capacidad de los individuos para maniobrar; la reflexividad y la capacidad de innovar y crear son recursos centrales al momento de emprender una trayectoria laboral ascendente. Los modelos de integración ya no parecen estar asegurados, lo que hace recaer todo el peso en la capacidad del individuo para buscar sus propias respuestas, y convierte su experiencia en única. La estructura de oportunidades y los activos individuales de los sujetos y sus familias podrán dar cuenta de las probabilidades de acceso a un determinado trabajo, por ejemplo, pero no son suficientes para predecir la orientación que tomará la acción. Aprovechar o no, buscar o no un determinado trabajo, permanecer o retirarse, también dicen relación con las disposiciones culturales que orientan la acción de los sujetos y sus familias. Si se entiende la cultura como el modo en que una sociedad produce sus formas de convivencia, se las representa y las reproduce, el conocimiento y dominio por parte de los individuos de esta cultura puede ser un recurso esencial al momento de construir la propia trayectoria de vida y, más específicamente, la trayectoria laboral.

Pero, ¿cuáles son estas disposiciones culturales que facilitan y anticipan trayectorias de movilidad ocupacional ascendente?

La hipótesis de homogeneidad o consenso cultural, internalización de valores o eficacia normativa, es un debate no cerrado cuando se discute sobre movilidad social. Desde esta hipótesis, la adscripción a las pautas de la cultura dominante, es decir, de la integración social, seguirían siendo centrales para asegurar la propia movilidad social (Irrarázaval 1994; Martínez y Palacios 1996). La movilidad social procede según el grado de internalización de valores, los que determinan la motivación y el nivel de logro. Habilitación (Irrarázaval 1994) y adscripción a la cultura de la decencia (Martínez y Palacios 1998), revelan la internalización de los valores que permiten o frenan la movilidad de las familias.

Nuestro estudio va en el sentido de una hipótesis alternativa. Esto es, en sociedades modernas y de creciente diferenciación, segmentación y desigualdad, como son la chilena y la argentina, quienes mejores logros obtienen en términos de movilidad ocupacional son aquellos que manejan una mayor diversidad de códigos culturales. Por tanto, la variedad de códigos y, como consecuencia, la capacidad de distinguirse y diferenciarse, puede ser más importante y mejor predictor de éxito que la simple adscripción a los códigos de integración dominante (Erickson 1996, en su discusión con Bourdieu).

Esta tesis de la variedad y la segmentación cultural da cuenta de la importancia que adquiere la capacidad de cada individuo, rico o pobre, para manejar y decidir entre propuestas y registros de sistemas de integración diferentes y no siempre coherentes entre sí. Las trayectorias sociales ya no estarían aseguradas por el grupo, como en las sociedades holistas y tribales, sino remitidas a cada individuo. Son justamente aquellos con mayor capacidad de preguntarse por sí mismos, los que más éxito tienen en cuanto a movilidad.

No obstante lo anterior, en sociedades como la uruguaya, esencialmente homogénea y de escasa diferenciación social, la tesis del consenso cultural y la adscripción normativa a los códigos culturales dominantes sí pareciera cumplirse. En Uruguay, a diferencia de Chile y Argentina, la escasa distinción entre las orientaciones culturales de pobres y sectores medios, cesantes y ocupados, de ascendentes y descendentes, indica que por sobre la diferenciación, lo que prima es la comunidad de iguales. En un contexto de empobrecimiento progresivo, pero de escasa desigualdad, las trayectorias ocupacionales y sociales parecieran depender menos de la capacidad de maniobra y distinción de los sujetos, y más de los soportes comunitarios y los vaivenes de la economía y la sociedad. Lo cierto es que hoy, en ninguno de los tres países, los modelos de integración parecen estar asegurados. Sin embargo, en las sociedades con un fuerte carácter de desigualdad social, lo definitivo parece ser la capacidad de cada individuo de combinar las distintas propuestas, convirtiéndolas en una experiencia única y propia. Más que la idea de un modo de combinar único, lo que parece central es la diversidad de lógicas que organizan la construcción y representación de las formas de convivencia. En el caso de sociedades más igualitarias, como la uruguaya, la clave pareciera residir todavía en la lealtad a la comunidad de iguales, aun cuando ello signifique mayor dificultad para maniobrar con condicionantes estructurales que tienden a superponérseles.

Siguiendo los planteamientos de Dubet, Argentina y Chile responderían más a la idea de sociedad que ya no se estructura por un solo principio de coherencia interna, sino por la yuxtaposición de sistemas y lógicas que orientan no siempre de manera coherente el accionar de los sujetos. Así entendida, la búsqueda de la

adscripción e integración social, la competencia por un espacio en la sociedad y el mercado, y la pregunta por sí mismo, conviven y se superponen dando forma a las trayectorias sociales modernas. La experiencia podría ser entendida, entonces, como el resultado de la articulación de estos tres sistemas y lógicas de acción: la integración, la competitividad y la subjetivación.

Integrados, los sujetos se definirán por su pertenencia a aquello que largo tiempo se denominó “comunidad”; manteniéndola y reforzándola a través de un afiatamiento de los lazos de pertenencia, de la construcción de anclajes colectivos, o la referencia a sistemas de valores y normativos que orientan su accionar.

Competitivos, los sujetos buscarán realizar sus intereses a través de la concreción de su proyecto, la competencia por él, la negociación, la instrumentalización de una situación en función del logro de sus objetivos.

Reflexivos, los sujetos desplegarán recursos de una creatividad que no se reduce a la tradición ni a la utilidad, sino a la capacidad reflexiva, creadora e innovadora que existe en cada uno, a través de la distanciamiento crítica, la búsqueda de modificación de la relación de fuerzas y la construcción de un proyecto de vida propio.

Cada actor, individual o colectivo, adoptará necesariamente estos tres registros de la acción, definiendo así su orientación de actor y su manera de concebir las relaciones con los otros. Integrados, competitivos o reflexivos, argentinos y chilenos transitan por una y otra lógica buscando maniobrar y superponerse a las condicionantes estructurales. La sociedad uruguaya, en cambio, de manera mucho más homogénea y consensuada, tiende a moverse predominantemente en el registro de la integración social y resguardo de la comunidad de iguales.

LA ENCUESTA

La encuesta sobre movilidad ocupacional, aplicada en Santiago, Buenos Aires y Montevideo a un total de 1.367 personas, contempló un ítem para caracterizar las orientaciones culturales y lógicas de acción. Este ítem se construyó sobre la base de dos grandes tópicos: valores e identidad; orientaciones a la movilidad.

Preguntas y respuestas según lógicas de acción¹

	Lógica de integración	Lógica de estrategia	Lógica de subjetivación
Valores e identidad			
a) Los valores que orientan mi vida son:	La fe en un Dios La solidaridad	Surgir en la vida Saber arriesgar	La autenticidad Tener opinión propia
b) En mi vida yo quiero lograr:	Tener un trabajo estable Vivir tranquilo/a	Estar entre los mejores Poder decidir	Ser yo mismo/a Ser consecuente con mis ideas
c) Me considero un trabajador/a	Honesto/a Responsable	Eficiente Atinado/a (ubicado/a)	Con iniciativa Realizado/a en mi trabajo
Orientaciones a la movilidad			
a) He aprendido que para surgir y “ser alguien en la vida” se requiere:	El apoyo y la confianza de otras personas Contar con el respeto de los demás	Tener claras mis metas personales Tener los amigos adecuados	Ser original y creativo/a. Distinguirse del común de la gente.
b) Para encontrar un trabajo, cuál de estas dos cosas cree Ud. es la más importante:	Presentarse bien vestido Hablar bien	Llevar una recomendación Ser insistente y ‘busquilla’	Estar seguro de lo que uno sabe Saber el trabajo que se quiere encontrar
c) Cuando las cosas no me resultan como yo pensaba, creo que:	El país no marcha bien No se me dieron las oportunidades	No me supe mover adecuadamente No supe aprovechar las oportunidades	A la gente como uno la miran con desconfianza No me supieron valorar

LA CULTURA EN LAS TRES CIUDADES²

Santiago: integrados en los valores y competitivos en el mercado

En Santiago, ciudad marcada por importantes procesos de modernización y de desigualdad en el ingreso, sus habitantes han aprendido a moverse ágilmente en una diversidad de registros y lógicas de acción. Los santiaguinos parecen preguntarse más que los bonaerenses y montevideanos, por las propias apuestas. La pregunta por sí mismos y el desafío de destacar e innovar están más presentes entre los santiaguinos que entre sus vecinos del Cono Sur.

A pesar de esta mayor diversidad de códigos para leer la realidad, en Santiago sus habitantes parecen suscribir a una lógica de la integración en los valores, pero de la competitividad y la individuación al momento de definir líneas de acción para hacerse un espacio en la sociedad y el mercado de trabajo. En términos de la encuesta, mientras los valores que guían sus vidas son “la fe en un Dios”, “la autenticidad y tener una opinión propia” (integración y subjetivación), para surgir en la vida lo que en realidad se necesita es “tener la metas claras”, “los amigos adecuados” (competitividad) y “ser original y creativo”, “saber distinguirse de los demás” (subjetivación).

Los santiaguinos se diferencian entre sí más que en las dos otras ciudades analizadas. Las tendencias generales muestran que son especialmente los pobres, los de trayectorias ocupacionales descendentes, los cesantes y los de educación básica, quienes más adscriben a las pautas y lógicas de la integración,

¹ Para cada una de estas afirmaciones / preguntas, se entregaron tres pares de alternativas correspondientes a las lógicas de integración, competitividad y subjetivación. Los encuestados debían seleccionar para cada par una sola alternativa.

² Para detalles de las respuestas, véase Informe Final Fondecyt 1990818, Acápite sobre cultura, en *Documento de Trabajo SUR 172* (Santiago: SUR, 2002).

tanto en términos de valores e identidad como en cuanto a pautas de acción. Por el contrario, los grupos medios, los de trayectorias sociales ascendentes, los ocupados y de educación media y superior, adscriben en términos de valores y proyecto vital a una mayor variedad de lógicas. Es finalmente esta combinación de códigos culturales lo que les permitirá construir una trayectoria ocupacional exitosa.

En una sociedad fuertemente desigual como la chilena, son los más desfavorecidos los que menos *permiso* se dan para innovar y competir. La sumisión a las pautas de la integración social, y en especial de la “apariencia”, pareciera ser el costo que están dispuestos a pagar para ganar cuotas mínimas de integración y movilidad social. Al momento de buscar un trabajo, los santiaguinos más pobres y de trayectoria ocupacional descendente saben que “una recomendación” puede ser tan importante como “presentarse bien vestido” o “saber hablar bien”. Manejar las pautas de la integración, o aparentar ser lo que se debe ser, es clave. Por el contrario, para quienes se ubican en posiciones medias y han logrado ciertas trayectorias de movilidad ascendente, aun cuando centran su proyecto vital y valórico en la fe en Dios, al momento de definir cursos de acción parece ser más relevante “confiar en las propias capacidades” y “saber el trabajo que se quiere encontrar”. Es decir, confiar en sí mismo.

Es interesante destacar que entre los habitantes pobres residentes en comunas de estratos medios, gana lugar la lógica de la competencia mientras disminuye la de la pura integración social. Es decir, el contacto con vecinos de mejores condiciones de vida y códigos diferentes, enriquece y agrega variabilidad a las lógicas de acción de los más pobres. En una ciudad altamente segregada como es Santiago, los espacios diversos socialmente no abundan, pero todo indica que son ellos justamente los que aseguran el intercambio de códigos y pautas de acción, ampliando la mirada sobre el mundo y los caminos por recorrer.

En Santiago, la lógica de la integración parece perderse con los años, pero se gana en términos de competitividad, incluso entre aquellos que descienden socialmente. ¿Indica esto que la desesperanza, así como las reglas de la competencia y del mercado, se aprenden con los años? Lo sorprendente es que los santiaguinos entre los 35 y 40 años se presentan más cercanos a las pautas de la integración que sus mayores, pero también más dispuestos a innovar y preguntarse por el proyecto vital. Con los años, ambas dimensiones parecieran ir perdiéndose en pro de la lógica de la competitividad.

No es de extrañar, entonces, que Santiago, en comparación con Buenos Aires y Montevideo, sea la ciudad donde más respondientes perciben que nadie o pocas personas les piden apoyo. En Santiago la gente pareciera “arreglárselas” más solitariamente; la baja importancia que se da a “la confianza”, al “respeto” y al “apoyo de los otros” para surgir en la vida, lo confirman. El peso que otorgan los santiaguinos a las maniobras personales y a las propias capacidades en el éxito de una trayectoria ocupacional, explica que más de la mitad de ellos, cuando las cosas no les resultan como habían pensado, se culpen a sí mismos por no haber sabido moverse adecuadamente. Los santiaguinos de trayectorias descendentes, en cambio, culpan fundamentalmente a las oportunidades que no se les dieron.

En síntesis, los santiaguinos pueden ser fuertemente integrados en los valores y la definición de su proyecto vital, pero también fuertemente competitivos e individualistas al momento de construir una trayectoria ocupacional. Es claro que quienes más éxito tienen son aquellos que han podido aprender a moverse en un mayor registro de códigos, sin perder nunca de vista la pregunta por sí mismo y el propio proyecto vital.

Montevideo: laico y liberal en los valores, solidario en el mercado

En Montevideo, sociedad con niveles históricos de integración social superiores a los de Santiago y Buenos Aires, las respuestas de sus habitantes pobres y medios son fundamentalmente homogéneas. Sus grupos pobres y medios adscriben a los valores de una sociedad laica, igualitaria y profundamente solidaria, valores que no difieren al momento de construir una estrategia de acción para insertarse en el mercado. Los montevideanos se permiten competir, pero siempre en los límites del resguardo de la confianza y el respeto a los demás. No es una competencia dura, pura; ella se acompaña siempre de cuotas básicas de sociabilidad e integración social. “La confianza” y “el apoyo de los demás” es un recurso básico y central entre los montevideanos que aspiran a “ser alguien en la vida”, mucho más importante que para los santiaguinos y bonaerenses.

A diferencia de Santiago, los pobres de Montevideo se presentan más competitivos y estrategias que los grupos medios; en una ciudad con bajas tasas de segregación social, no es de extrañar que pobres,

cesantes y sujetos de trayectorias descendentes perciban que el espacio para competir está permitido también para ellos: es un derecho y una necesidad si lo que se quiere es surgir.

Interesante es destacar que los montevideanos no cambian con los años su modo de ver, representarse y relacionarse con la sociedad. La confianza en los otros, las pautas de sociabilidad básicas y los valores de la integración se mantienen en el tiempo y, al igual que en Chile, son las mujeres quienes más los resguardan. La gran diferencia con Chile es que, en términos de lógicas culturales, la sociedad montevideana en su conjunto es más homogénea. Una segunda diferencia es que la adscripción a pautas de integración tales como “presentarse bien vestido”, “hablar bien”, “creer en Dios”, en Montevideo no son recursos clave para surgir en la vida; pero sí el resguardo de la sociabilidad básica (vínculos de apoyo y confianza). Y en tercer lugar, que todos por igual, pobres y medios, perciben el derecho y la posibilidad de poder competir por ganarse un espacio en la sociedad.

En Montevideo, el proyecto vital es casi por unanimidad el “tener un trabajo estable”, “llevar una vida tranquila” y “tener éxito”. En este proyecto son mucho más claros y tajantes que los santiaguinos. Pero, para ellos, “la solidaridad” es el valor central que los guía en sus vidas y, muy por debajo, el “surgir en la vida” y “arriesgar”.

Al momento de construir una estrategia para surgir en la vida, para ellos es vital competir y moverse estratégicamente, pero siempre resguardando “el apoyo, la confianza y el respeto de los demás”. No es de extrañar, entonces, que mayoritariamente se definan como “trabajadores honestos y atinados”. Para los uruguayos, finalmente, el principal culpable de que las cosas no salgan bien es el sistema: “la falta de oportunidades” y “el país que no marcha bien”. Las preguntas por la falta de capacidades y el *sí mismo* están casi ausentes entre ellos: la apuesta y la respuesta a sus fracasos y sus éxitos están en la sociedad y el *nosotros*.

Buenos Aires: la dispersión de orientaciones en una sociedad en crítica transformación

El caso de Buenos Aires es más complejo que los dos anteriores. Buenos Aires, así como toda la sociedad argentina, se encuentra sumida en una fuerte crisis política, económica y de sentidos. En esta perspectiva, no es de extrañar que las respuestas sean más dispersas y las pautas menos comunes. Sin embargo, se puede señalar algunas tendencias, en especial la mayor adscripción de los bonaerenses a las lógicas puras. La menor combinación de lógicas entre estos respondientes marca una diferencia con las respuestas de Santiago y Montevideo, y probablemente esté dando cuenta de la mayor necesidad de aferrarse a ciertas certezas básicas en períodos en que la incertidumbre y la vulnerabilidad son la constante.

Otro indicador que diferencia Buenos Aires de las dos otras ciudades, es la mayor variedad de códigos culturales que presentan las mujeres. Si para Santiago y Montevideo las mujeres adscriben principalmente a la integración, en Buenos Aires las mujeres combinan y transitan entre una mayor diversidad de lógicas, y lo hacen más que los hombres, probablemente facilitándoles el ajuste a las cambiantes situaciones actuales. Asimismo, se observa que la lógica de la integración está más presente entre los mayores de 50 años, que se muestran más conservadores que los jóvenes en términos de adscripción a ciertas normas sociales. Al igual que los montevideanos, los bonaerenses aspiran mayoritariamente a “un trabajo estable”, “una vida tranquila” y “poder estar entre los mejores”. “La solidaridad”, “la fe en Dios” y “el valor de la propia opinión” ocupan un papel central en términos de los valores que guían sus vidas.

Lo anterior no es impedimento, sin embargo, para que ocupados y cesantes por igual, al momento de definir los cursos de acción para insertarse en el mercado laboral, adscriban a una lógica de la competencia más que a la integración. Competir y hacerse un espacio en el mercado es un derecho que todos los bonaerenses reconocen por igual. Para surgir en la vida, ellos, al igual que los montevideanos, saben que es necesario “tener los amigos personales adecuados”, más que “las metas claras”. El quiebre de la estructura social argentina y la profunda crisis en que se encuentra sumido el país hacen comprensible que, al momento de preguntarse por las razones de sus fracasos y a pesar del valor que los bonaerenses se otorgan en cuanto hacedores de sus vidas, las respuestas se orienten fundamentalmente a la falta de oportunidades y las dificultades por las que atraviesa el país. Ello no impide, sin embargo, que los vínculos de solidaridad se refuercen. De las tres ciudades analizadas, es en Buenos Aires donde más del 60 por ciento de los respondientes percibe que la gente que les pide ayuda es mucha.

LA IMPORTANCIA DE LA DIFERENCIACIÓN CULTURAL EN LAS SOCIEDADES DESIGUALES

La encuesta confirma lo que ya habíamos observado en la lectura de los relatos de trayectorias laborales: la capacidad de movilizarse en la estructura social y ocupacional pareciera estar asociada —aunque no exclusivamente— a la capacidad de los sujetos para construir, apropiarse y negociar con la información que de manera permanente les ofrecen el mercado, la cultura y su subjetividad. De la diversidad de códigos y la habilidad de los sujetos para combinarlos, dependerá la capacidad de maniobra que logren frente a la realidad social. En otras palabras, aquellos sujetos que logran aplicar y jugar con una mayor diversidad de códigos culturales, son los que mayor movilidad ocupacional y social logran. Por el contrario, aquellos cuyas trayectorias ocupacionales se “juegan” o se fijan en una lógica, no presentan procesos de movilidad importantes, y a menudo muestran trayectorias descendentes.

Sobre la base de un capital educativo, cultural y relacional limitado, no es de extrañar que aquellos más débiles queden fijados en su posición de marginalidad y exclusión.

En palabras de Erickson (1994), pareciera ser que la relevancia del capital cultural en estos procesos de movilidad social y ocupacional reside en su variedad. El dominio de diversos códigos culturales permitiría a los sujetos no sólo construir y mantener una mayor cantidad de contactos relevantes para la movilidad social, sino también una mayor capacidad de maniobra frente a las circunstancias adversas a su proyecto vital. En otras palabras, en un contexto social y económico altamente cambiante y vulnerable, el dominio de una diversidad de códigos culturales se presenta como la clave para el acceso a nuevos círculos sociales; y en el caso del trabajo, para el acceso a nuevas oportunidades y a un mayor rango de respuestas frente a las determinantes estructurales.

La encuesta indica que, para el caso de Santiago y Buenos Aires, esta hipótesis parece comprobarse. Es decir, son los respondentes de grupos medios y trayectorias ascendentes quienes presentan mayor variabilidad de respuestas. En cambio, aquellos respondentes más pobres y de trayectorias descendentes tienden a presentar menor variabilidad de respuestas, y en general quedan adscritos a respuestas vinculadas mayormente con los códigos de la integración social. Pero quienes compiten y se preguntan por su propio proyecto vital, quienes apuestan a la innovación y a la creatividad, son en general los grupos medios y trayectorias ascendentes.

Cabe notar que en sociedades más igualitarias, como es la de Montevideo, la homogeneidad de códigos y lógicas de acción surge como una evidencia. En efecto, en Montevideo, pobres y grupos medios comparten una mirada relativamente similar sobre los valores y las vías de la integración social, o al menos mucho más homogénea que la mirada de estos mismos grupos en Santiago y Buenos Aires.

La capacidad de moverse en un registro amplio de códigos culturales parece ser especialmente relevante como recurso a la movilidad en sociedades desiguales y donde la importancia de distinguirse puede ser clave a la hora de competir. Por el contrario, en sociedades más igualitarias, la diferenciación de códigos culturales no parece ser un requisito para el mayor o menor éxito en la movilidad. Lo que se observa es más bien homogeneidad de códigos y fuerte confianza en el peso de la comunidad como soporte básico del éxito de cada uno.

Un segundo aspecto destacable es la contradicción o, al menos, la tensión que se observa en Santiago y Buenos Aires entre la elección de cursos de acción y el modelo básico de la integración y la fe en Dios. Los individuos saben que más importante que los anclajes solidarios, al momento de querer encontrar un trabajo lo clave es saber lo que se busca, competir y distinguirse de los demás. La superación de la exclusión social y el logro de la integración en un contexto donde predomina la desigualdad, requiere de códigos culturales algo distintos y más diversos que los que se suscriben como modelo valórico. Por el contrario, en la sociedad montevideana, donde los valores son más bien laicos y liberales y donde el derecho a competir por la integración social es percibido como un derecho de todos por igual, los cursos de acción permanecen fundamentalmente solidarios. Competir, pero siempre en el límite del respeto y la solidaridad con el otro.

En tercer lugar, la encuesta es clara en mostrar que los años de escolaridad son determinantes en el nivel ocupacional y en la diversidad de códigos culturales y de comprensión del mundo social alcanzados por los encuestados. La encuesta así lo muestra, al menos para Santiago y Montevideo. A mayor nivel educacional, mayor diversidad de códigos culturales, mayor diversidad de respuestas en términos de las orientaciones culturales de la acción. Por el contrario, a menor educación, menor diversidad y tendencia a

respuestas fijadas en los códigos de la integración social. En las tres ciudades, las respuestas desde la reflexividad y la subjetividad están prácticamente ausentes entre aquellas personas que tienen entre 0 a 5 años de escolaridad; y aumenta entre quienes tienen mayor escolaridad, especialmente educación media y superior.

Finalmente, la encuesta es concluyente en términos de la caracterización de la experiencia de los más pobres en estas tres ciudades. Las respuestas de los pobres, en especial de aquellos que viven en barrios igualmente pobres, se asemejan enormemente. Todas ellas están marcadas por los valores de la integración social, la fe en Dios en el caso de Chile, la vida tranquila, el trabajo estable, la confianza de los demás en el caso de Montevideo y Buenos Aires. Éstas son las aspiraciones de la mayoría de los más excluidos de estas ciudades. La lectura de esta encuesta, sea de Santiago, Buenos Aires o Montevideo, da cuenta de un cierto sello común que caracteriza la experiencia de la pobreza y la exclusión social.

La principal diferencia no reside en el tipo de aspiraciones que ellos portan, sino en la distancia que unos y otros tiene en relación con los grupos medios. Mientras en Santiago los grupos medios confían más en la originalidad y creatividad y los pobres en la confianza, en Montevideo y Buenos Aires pobres y grupos medios comparten la confianza y el respeto como valor esencial al momento de hacerse un espacio en la sociedad y el mercado.

No es difícil concluir que los pobres de Santiago se encuentran, culturalmente hablando, más solitarios y aislados que los pobres de Montevideo y Buenos Aires, que se mueven y orientan por pautas y orientaciones compartidas por todos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bengoa, José; Francisca Márquez, Susana Aravena. 2000. *La desigualdad*. Santiago: Ediciones SUR.
- Bourdieu, Pierre. 1989. *La Distinction*. Paris: L'Harmattan.
- Bourdieu, Pierre. 1993. *La misere du monde*. Paris: Ed. du Seuil.
- Castel, Robert. 1995. *Les metamorphoses de la question sociale: Une chronique du salariat*. Paris: Fayard.
- Cepal (Comisión Económica para América Latina y el Caribe). 2000. *Panorama social de América Latina 1999-2000*. Santiago: Cepal.
- Clacso (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales). 1976. *El empleo en América Latina: problemas económicos, sociales y políticos*. México: Siglo XXI.
- Dubet, Francois. 1994. *Sociologie de l'experience*. Paris: Ed. du Seuil.
- Erikson, Bonnie. 1996. "Culture, class and connections". *AJS* 102(1) (July): 217-251.
- Espinoza, Vicente y Eduardo Canteros. 2000. "Contactos sociales y carreras laborales en hogares chilenos de escasos recursos". *Proposiciones* 32. Santiago: Ediciones SUR.
- Feijóo, María del Carmen. 2001. *Nuevo país, nueva pobreza*. México: F.C.E.
- Filgueira, Carlos. 2000. *La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina*. LC/R.2034. Santiago: Cepal.
- Kaztman, Rubén, coord. 1999. *Activos y estructuras de oportunidades. Estudios sobre la vulnerabilidad social en Uruguay*. Montevideo: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) / Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- Márquez, Francisca. 2000. "Trayectoria de vida y trabajo en sujetos pobres". *Proposiciones* 32. Santiago: Ediciones SUR.
- Márquez, Francisca. 2002. "Cultura y movilidad ocupacional en los noventa: Santiago, Buenos Aires y Montevideo (Informe Final Fondecyt 1990818), *Documento de trabajo SUR* 172. Santiago: SUR.
- Mideplan (Ministerio de Planificación y Cooperación). 2000. *Encuesta de caracterización socioeconómica 2000*. Santiago: Mideplan.